

segura de que Atanasio ha salido en bien! ¡Es un patriota de veras, un hombre que sabe lo que quiere!

Y riendo extrañamente, agregó:

—Le aseguro que podemos estar tranquilos respecto a su suerte. Ha atravesado el torrente, ha atravesado el país de Gaulow, atravesará la frontera y vendrá a libertarnos. ¡Con un hombre como ése no hay que temer nada! ¡Estamos salvados!

Estaban solos o casi solos. El que Tondor estuviera en la garita no tenía importancia para ellos, pues no oía nada de lo que decían.

Rouletabille atrajo a Ivana hacia su corazón y la abrazó fuerte, muy fuerte, menos como un enamorado que como un protector. Ella le dejó hacer, como una niña. Entonces él esperó la confidencia. Y para tenerla, entre dos besos le dijo al oído:

—¡Jeanne!... ¡Mi Jeanne está disgustada!... ¿Me dirá por qué?... ¿Por qué?... ¡Nada nos separa! Si nos hemos de salvar, nos salvaremos juntos... Si hemos de morir, juntos moriremos... ¿Por qué está tan disgustada, Jeanne?

La joven inclinó la cabeza sobre el hombro y rompió en un sollozo que, desde la víspera, henchía su pecho enamorado y juvenil.

Y dijo, acercándose a él, y ocultando su rostro bañado en lágrimas:

—¡Porque quisiera matar a Gaulow!

CAPITULO IX

LA CANCIÓN DEL RÍO MARITZA

ROULETABILLE tenía el corazón de Ivana cerca del suyo, cuando ella dejó escapar aquella exclamación desgarradora. La notó realmente *tan desesperada por no matar*, que se puso lívido al pensar que amaba a una mujer que tanto sabía odiar. Y compadecido de ella, le dijo:

—Mátalo, pues.

—¿Como yo quiera?

¡Oh, cuánto salvajismo quedaba en ella, a pesar de su educación occidental, de su amor, de todo. Rouletabille separó los brazos de ella, que le aprisionaban el cuello. La dejó en libertad sin añadir una palabra. Tampoco ella habló. Estaba tan pálida como él. Y empezó a bajar. El repórter la miraba hundirse por el oscuro hueco de la escalera, y se estremecía pensando la abominación que iba a cometer, la abominación hacia la cual se encaminaba apoyándose en las paredes, como si ya estuviera embriagada con la sangre que pensaba derramar.

El corazón de Rouletabille parecía de hielo. En aquella aventura se pasaba con rapidez del frío al fuego...

¡Qué amor! ¡Qué horror!... No hacía cinco minutos que tenía la seguridad de que Ivana había hecho todo lo posible para evitarle que se expusiera... Obraba alternativamente, como si le odiara y como si... por un momento... no pudiera evitar tenerle lástima... ¡Era tan bello Gaulow! ¿Influiría esa belleza en la joven?... Y Rouletabille pensaba que Ivana, furiosa contra Gaulow y contra sí misma por esa influencia, iría a matarle atrocemente.

Trastornado, casi deshecho ante el misterio cada vez mayor de Ivana, miraba estúpidamente el vasto paisaje desolado, las rocas abruptas, los montes pelados, aquella tierra atormentada y barrida por las eternas aguas del cielo.

En un rincón de aquella tierra iba quizá a aparecer *la esperanza*. Y he aquí que él no se preocupaba de eso.

No se preocupaba más que de un ángel que iba a volver en seguida con sangre en la cara y en las uñas. Y sólo esperaba que, de pronto, acabaría todo aquello; que dejaría de querer; que se vería descargado para siempre de aquel amor...

—Aquí tiene los prismáticos.

Se volvió. Vladimir estaba delante de él. Pero ¿cómo iba vestido? La ropa era tan enorme y extraña, que le hacía tres veces más grueso de lo que era.

—¿Qué es eso?

—¡Mi coraza!

—¿Por qué te la has puesto?

—Para demostrarle que puede sernos útil.

—¿Y cómo va a sernos útil?

—Ya sabe usted que no podemos observar la cumbre Norte del Istrandja-Dagh más que atravesando la plataforma, barrida por el fuego de la torre del vigía... Por eso he pensado que, cubriendo una parte de mi cuerpo

con la coraza, tendría menos probabilidades de ser muerto que no llevando ninguna coraza.

—¡Profundo razonamiento! — interrumpió Rouletabille—. Pero quien debe llevar esa coraza no eres tú, sino yo, puesto que yo he de atravesar la plataforma.

—¡Cal...! La coraza es mía... Y no se la prestaré...

—¿Por qué?

—Porque es muy peligrosa.

—¡Ja, ja! ¿Ahora resulta que tu coraza es peligrosa?

—¡Oh, muy peligrosa! ¡Hay que saber usarla!

—¡Ya me enseñarás! ¿No me has dicho que detenía las balas? ¡Eso es lo principal!

—Sí... En cuanto a eso ¡sí que detiene balas!

—Entonces, ¿cómo puede ser peligrosa?

—Voy a decirselo... Mi coraza, como ya he tenido el honor de explicarle, está formada por una sucesión de tejidos de tal naturaleza, que en vez de ser desgarrados, desgarran al pasar la envoltura de níquel o de acero de la bala.

—Me acuerdo, sí, me acuerdo.

—En el interior de la coraza hay una especie de expansión y hasta de reparto, si puede hablarse así, por fusión de la materia plomo... Y eso quita a la bala toda potencia perforadora...

—¿Y qué?

—¡Pues que ahí está el peligro!... Ese gran combate entre la bala y el tejido, esa detención del proyectil, esa transformación del níquel y de la materia plomo, no se verifica sin cierto trabajo...

—¡Es de suponer!

—Y ese trabajo es tanto más considerable cuando aumenta la fuerza con que es disparada la bala y la brusquedad con que es detenida en su carrera...

—Continúa, continúa...

—El resto es muy sencillo. Donde hay trabajo, hay desarrollo de calor.

—¡Ah!... ¡Ya empiezo a comprender!

—Y si hay mucho calor, los tejidos que detienen la bala pueden encenderse.

—¡Sí, sí!...

—Y la carga arde...

—¡Qué lástima!...

—Por eso le decía que el empleo de esa coraza exige cierta práctica y conocimientos especiales.

—Y ¿qué se hace cuando arde?

—Hay dos teorías: primera, la de quitársela, lo cual hay que hacerlo con habilidad, porque arde con gran rapidez...

—¿Y la segunda?

—¡Ah! La segunda consiste en apagar el fuego. Ese procedimiento es mejor, porque si la extinción se hace con presteza, la coraza aún puede servir...

—¡Bien, Vladimir Petrovitch!... No quisiera ofenderle, pero prefiero ir a ver lo que pasa en la plataforma sin coraza que con su coraza...

—¡Me la pondré yo!... Sólo le pido una cosa: que tenga a su alcance el cubo de agua que he subido para que pueda echármelo encima en cuanto mi coraza sea alcanzada por algún proyectil.

El obstinado eslavo quería probar la utilidad de su invento. Y cuando a las doce menos cinco minutos Rouletabille se lanzó andando a gatas a la plataforma, le siguió Vladimir con su curioso indumento.

El dios de las batallas, de la juventud y del amor velaba por ellos, que pudieron llegar al extremo opuesto del torreón sin ser alcanzados por las balas, que habían sa-

ludado su breve aparición. Ahora, ocultos entre dos almenas, estaban bastante bien guarnecidos.

Rouletabille, con los prismáticos dirigidos hacia las sierras, no distinguía nada de lo que buscaba, a pesar de que la hora era de gran claridad, pues el velo de nubes que escondía a medias el paisaje se había desgarrado por la acción del viento Norte.

Pero ni aparecía Atanasio ni nada semejante... ¡Las doce!... Las doce y cinco... Las doce y diez... ¡Nada!

¿Había que perder toda esperanza?... ¡Si Atanasio no se presentara, la aventura tomaría terribles caracteres!... En el caso de que no hubiera podido atravesar aquellas tierras que solamente él conocía, ¿quién podría intentar nuevamente el peligroso viaje con alguna probabilidad de éxito?... ¡No cabían paliativos! Si Atanasio no aparecía en el campo de los prismáticos, Rouletabille tendría que deducir que todo había terminado. Y tanto él como sus compañeros no podrían hacer más sino prepararse a bien morir. ¡El torreón de la *Karakulé* sería su tumba!...

—¡Ay!—suspiró Vladimir—. Tampoco yo veo ningún ser humano en esas tristes montañas. Sin embargo, me parece, y tengo buena vista, que de la cumbre sólo vemos una parte pequeña... Quizá conviniera correrse un poco más a la derecha.

—Bueno—dijo Rouletabille—; pero nos exponremos por detrás a las balas.

—No se preocupe... Me subiré la coraza por detrás, de manera que me cubra la espalda y la cabeza... Y como me pondré detrás de usted, ¡quedará usted protegido!

Rouletabille se corrió un poco a la derecha y descubrió una parte de la cumbre que hasta entonces no había visto... Y allí, en las peñas, distinguió un punto que se movía, que trepaba. ¿Sería Atanasio?

—Veo algo; pero no estoy seguro de nada—dijo a Vladimir—. Habría que estar aquí un poco más.

Las balas silbaban alrededor de ellos y chocaban con los sillares.

—Estaremos un poco más... ¡Eso es cuenta mía!... Usted mire todo el tiempo que quiera, sin prisas, tranquilamente...

—¡Ah! ¡Sí que es un hombre!... Y se detiene...

—¡Ya está!—exclamó Vladimir.

—¿Qué es?—preguntó Rouletabille.

—¡Nada! Una bala que me acaba de entrar por la espalda.

—¡Oh!

—Por la espalda de mi coraza... ¡Otra!... ¡Otra!... ¡Otra! ¡Brr! ¡Dése prisa, que me estoy asando!

Pero Rouletabille, sin ocuparse del drama que ocurría tras él, exclamaba por su parte:

—¡Es él!... ¡Agita la bandera blanca! ¡Ha triunfado!

—Pues ¡vámonos! Ya no tenemos nada que hacer aquí—dijo Vladimir.

Y quitándose la coraza, que ya empezaba a arder, se echó de bruces al suelo y llegó a la garita arrastrándose. Le seguía Rouletabille.

—¡Salvados, salvados!—gritaba el repórter, que no podía contener su júbilo—. Dígame a Toudor que dentro de tres días, o cuando más cuatro, vendrán a libertarnos. ¡Se pondrá contento! También hay que participar la noticia a toda la guarnición. Hasta convendría echar un papel a los alemanes por debajo de la puerta.

—Déjeme—dijo Vladimir volviéndose—contemplar por última vez mi pobre coraza... Y déle las gracias, pues a no ser por ella, Dios sabe cuántas veces nos hubiéramos muerto ya.

A pocos pasos de allí, en efecto, se elevaba la última llama de la coraza, tan alta, por cierto, que Atanasio la vería y la tomaría por una señal de los sitiados conteniendo a la suya.

—¿No hablará mal de ella, eh?—preguntó Vladimir.

—¡Ca! Hasta lamento que no hayamos podido apagarla a tiempo.

—De todas maneras, el agua que yo había subido no se perderá—declaró Vladimir levantando el cubo y acercándose a los labios—. ¡Qué calor he pasado!... ¡Verdad es que con cuatro balas en la espalda hay para acalorarse!

—Cuando acabe, pásame el búcaro—dijo Rouletabille.

Con gran entusiasmo acogieron los del torreón la noticia del éxito obtenido por Atanasio. Sin embargo, Rouletabille no había vuelto a ver a Ivana. Al bajar al cuerpo de guardia, vió que la placa de hierro que comunicaba el torreón con los calabozos del subterráneo, estaba quitada, luego de permitir el paso de la joven. Y el repórter miraba el oscuro agujero, en el fondo del cual pasaría algo horrible en aquel preciso momento.

No se atrevió a bajar.

Esperó a que Ivana reapareciese... Los minutos le parecían siglos.

Por fin, a ras del pavimento, surgió una cabeza que parecía la de una difunta. Nunca había visto tan pálida a Ivana. La joven salió de allí como un espectro, como una aparición teatral surgiendo del escotillón.

Rouletabille no se atrevía a interrogarla. Además, parecía tan turbado como ella.

—¿Qué?—acabó preguntando ella con voz apagada—. ¿Ha visto a Atanasio?

El repórter dijo que sí con la cabeza.

—¿Ha triunfado?

—¡Ha triunfado!

—¡Estaba segura de ello! Le impulsa una idea que le hará triunfar de todo...

Y, tras un momento de silencio, repitió lúgubrementes:

—¡De todo!

Mientras así hablaba, apoyó una mano en un brazo de Rouletabille, que no se atrevía a mirar aquella mano, ocupada abajo, poco antes, en una labor tan repugnante.

Por otra parte, no tenía valor para preguntar a la joven sobre aquello.

Sin embargo, con aparente sencillez, dijo de una manera indirecta:

—¿Continúa el *katerdjibaschi* en su puesto, en el calabozo?

—¡Claro! ¡El subterráneo no puede quedar sin vigilancia!

Rouletabille se estremeció, porque encontraba la frase explícita a más no poder. Y de pronto miró aquella mano, que había quedado como olvidada sobre su brazo.

¡Las uñas estaban llenas de sangre!

Entonces separóse de ella bruscamente, so capa de que tenía que hacer el recuento de municiones. En el primer piso encontró a La Candeur y Vladimir. Les hizo contar los cartuchos que quedaban. Unos seiscientos... Por lo tanto, el primer ataque les había costado doscientos tiros, a pesar de que apenas había durado un cuarto de hora... Y tenían que sostener el sitio durante tres o cuatro días más.

No había ninguna duda de que los atacantes, en el misterio de la *Karakulé*, preparaban una nueva agresión. ¿Qué sería? ¿Qué imaginarían? ¿Qué discurrirían?... Lue-

go de pensarlo mucho, dedujo Rouletabille que un ataque serio sólo podía temerse por el lado de la poterna. Consecuentemente, lo que sobre todo había que defender era la poterna. Y las municiones había que reservarlas únicamente para quienes la atacasen... Pero seiscientas balas no representaban nada. ¿Y si el sitio, en vez de cuatro días, como previó, duraba ocho o quince días?... Porque, al fin y al cabo, podría ocurrir que al cabo de quince días aún no todos hubiesen muerto de hambre. Se han dado casos de mineros sepultados que todavía han vivido más tiempo en el fondo de sus tumbas.

Lo más importante, pues, era administrar bien las municiones. Rouletabille dedicó a pensar en eso toda la tarde, durante la cual el enemigo no dió señales de vida. Cuando le preguntaban en qué reflexionaba, contestaba: «Pienso, luego como. ¡Haced como yo! Pensando en cualquier cosa, no tendréis hambre.» Lo malo era que los demás no pensaban más que en eso: ¡en saciar el hambre! Vladimir y La Candeur lo registraban todo, buscando mendrugos olvidados por los ratones. Y volvían lamentándose, diciendo que no habían encontrado nada, ¡absolutamente nada!

—¡Ya verás—pronosticaba Vladimir a La Candeur— cómo nos veremos obligados a comernos el cuero de tu calzado!

—¡Nunca!—respondía el otro—. ¡Preferiría roerme los pies!

Terminaba el día sin incidentes y de una manera bastante melancólica, cuando Rouletabille, dejando el torreón al cuidado de Toudor arriba, y del *katerdjibaschi* abajo, llamó a La Candeur, Vladimir y Modesto, a quienes hizo quitar algunas piedras, ya consentidas, del cuerpo de guardia y del primer piso. Luego les hizo llevar

aquellas piedras hasta la garita de la plataforma. La tarea no era fácil, porque eran pesadas; pero aquellos esfuerzos les hicieron pasar la hora de la cena sin pensar demasiado en su estómago vacío. Era un resultado que no dejó de halagar al repórter.

—¿Verdad que conviene llevar piedras en vez de cenar?—les decía.

Cuando acabaron el transporte de piedras, les dió orden de que rompieran todos los muebles, que quedaron reducidos a astillas. Mesas, sillas, camas, fueron subidas a trozos a lo alto del torreón.

—¿Qué dirá el dueño a la hora del inventario?—suspiraba el pobre La Candeur, que, con pretexto de que él era tan fuerte como los otros tres, trabajaba tres veces más que los otros, y subía los objetos y las piedras más pesadas. Y refunfuñaba como de costumbre: —Si todo esto es para echarlo a la cabeza de esa gente, ¡no hay ni para cinco minutos!... No vale la pena de trabajar tanto.

—¿Qué estás diciendo?—preguntó Rouletabille al oírle murmurar.

—¡Que tiene gracia esto de defender el torreón destruyéndolo!

—Cierra el pico, La Candeur...

—Ponme en él una rebanada de pan y lo cerraré.

—¡Qué exigente eres!—replicó Vladimir, que no había perdido ni un momento su buen humor—. ¿Acaso no te basta con lo divertido que es el sitio este?... Además, teniendo, como tenemos, la seguridad de que van a venir en nuestro auxilio, ¿qué importa apretarse el vientre un poco más o menos?

—¡Bueno, bueno!—replicó La Candeur, rompiendo una mesa de un puñetazo—. Hoy todavía se puede resistir...

Pero ¡ya veremos si mañana y pasado mañana continuas tan arrogante!...

—A mí—decía Modesto—, igual me da. Como el dormir alimenta, dormiré...

—¡Modesto! ¿Qué tienes como batería de cocina?—le preguntó Rouletabille.

—Dos calderos grandes y una cacerola.

—Pues súbelos arriba junto con la estufa de petróleo.

Mientras tanto había llegado la noche, oscura y lluviosa. El agua caía a cántaros. Rouletabille se felicitó de ello. Y reuniendo a todos en la plataforma, comenzó a hacer rodar las piedras hasta la parte de las almenas recayentes a la torre del vigía.

Bajo sus órdenes, levantaron en dos horas una especie de baluarte, que pondría definitivamente la plataforma al abrigo del fuego de dicha torre. Y como la plataforma no tenía que temer más que el fuego de allí, la parte superior del torreón quedaba a disposición de los atacados, sin peligro de ninguna clase. Eso les permitiría una gran libertad en la defensa. Y, además, no tendrían ningún estorbo para disparar hacia abajo.

Una vez terminada aquella tarea, Rouletabille hizo que su gente subiera cubos de agua extraída del torrente por medio de una cuerda y vaciados en los dos calderos y en la enorme cacerola, hasta llenar estos tres recipientes.

Antes había hecho poner a cobijo de la lluvia la leña preparada.

—¡Ah!—murmuraba—. ¡Siuviésemos plomo fundido y aceite hirviendo!... Pero con esto también les escaldaremos...

Había descubierto un trozo de canal doblado en brazos desiguales, uno de cuyos extremos podía introducir...

se en el recipiente, mientras que el otro fuese al orificio de un modillón, formándose así una especie de sifón, que bastaba a Rouletabille para el cumplimiento de su propósito. Y se mostró encantado del hallazgo. El agujero del modillón, en que terminaba la canal, venía a caer precisamente encima de la poterna. Falta decir que el repórter había ordenado que en la garita se instalase la estufa de petróleo, sobre la cual estaba la cacerola llena de agua.

A una pregunta ingenua de Modesto, contestó Rouletabille explicando a todos que si bien con aquel procedimiento no tenía la pretensión de rechazar al enemigo, al menos haría difícil la estancia de éste en las cercanías de la poterna. La rociada de agua hirviendo siempre ahorraría balas.

Después, y mientras llegaban los acontecimientos, dió permiso a La Candeur y a Vladimir para que fueran a descansar un rato.

El quedó vigilando, con el oído atento al menor ruido. Pero, a causa de la violencia de la lluvia, le era imposible darse cuenta de lo que pudiese suceder por la parte del camino de ronda, tanto más cuanto que la oscuridad era completa. Así es que, a la hora del alba, tuvo una sorpresa poco agradable.

Si los sitiados no habían perdido la noche, ¡bien habíanla empleado los sitiadores! Con la mayor discreción, sin que nadie lo advirtiese, habían conseguido poner, desde abajo del camino de ronda hasta el umbral de la poterna, una media docena de grandes tablas que formaban puente y que les facilitaría el acceso a la puerta del torreón, ya que venía a substituir el puente levadizo.

Nuestros jóvenes amigos, parapetados tras las piedras, dirigían furiosas miradas a las tablas en cuestión, por

culpa de las cuales dejaban de gozar las ventajas del foso.

—De todas maneras—observó Rouletabille—, no pueden presentarse más de cuatro de frente, como máximo. ¡Y fácil será escaldarlos! Conque ¡ánimo! ¡A calentar agua para servirles el almuerzo!...

—¿Cree que nos atacarán en seguida?—preguntó Vladimir.

—¡Oh! No creo que esperen a la noche y que nos permitan ganar un día.

—¿Por qué no?—objetó La Candeur—. Ellos no tienen ninguna prisa. ¡Si no saben que han de venir en nuestro auxilio! Por lo tanto, igual les dará un día más que menos...

—Es verdad—contestó Rouletabille—. Pero lo que me hace suponer que van a atacar inmediatamente, es la precaución que han tomado de no cerrar por completo la puerta del deslunado.

—Sí; ahí están preparando el golpe.

—¡Cuánta gente hay allí!—agregó La Candeur dándose tono—. Desde aquí se oye.

¿Que le ocurría a La Candeur? ¡Hasta parecía valiente!

—La madera está muy húmeda, señor Rouletabille—dijo Modesto—. No se enciende...

—Echale un poco de petróleo y verás cómo arde—contestó Rouletabille.

Así se hizo. Y el agua comenzó a calentarse en los calderos cuando hervía ya en la estufa de petróleo.

Cuando ya había mucha agua preparada, sonó hacia la izquierda una muy nutrida descarga de fusilería. Y gran número de balas fué a dar en el parapeto, más alto que las almenas, elevado la noche anterior. Aquella primera demostración del enemigo fué tan inútil, que Vladimir y La Candeur soltaron el trapo, se pusieron a bailar y lan-

zaron al aire los gorros. Les satisfacía mucho que se perdiera pólvora enemiga.

—¡Gracias a Dios que te veo contento!—dijo Rouletabille a La Candeur—. Estabas ayer tan sombrío, que llegué a temer que murieses de neurastenia... Pero ¿qué tienes en la mejilla?

—¿En la mejilla?... ¿Yo?...

—Tú, sí... ¡Tienes una fluxión!

—¡Eso está hinchado! Hay que cuidarlo.

—¡Pero si no me pasa nada!

—¿Verdad que sí, Vladimir?

—No sé a qué se refiere usted—repuso Vladimir, que se había puesto tan colorado, al menos, como La Candeur.

—¿No? ¡Pues también usted tiene una fluxión!

—Será efecto de alguna corriente de aire—murmuró La Candeur tartajando.

—¡Es posible! En un torreón siempre abundan las corrientes de aire—corroboró Vladimir.

—¡Qué horror! ¡Ahora ha cambiado de mejilla!

—¿Qué?

—La fluxión de los dos... ¡Ea! ¡Basta ya de bromas!... ¿Qué están masticando? A ver, a ver. Abran la boca... Y hagan el favor de escupir al momento esa porquería... ¿Acaso quieren envenenarse?

Pero La Candeur y Vladimir no tenían nada en la boca, porque se habían apresurado a tragárselo.

Y ¿qué era?

Rouletabille temía que, para engañar el hambre, hubiesen tomado como alimento algo peligroso. Por ello insistió en saber lo que habían comido.

—Era un poco de estopa sacada de tus vestidos—confesó La Candeur.

—Un cordel...—dijo Vladimir.

—¿Estopa?—exclamó Rouletabille—. Con la estopa, La Candeur, se puede hacer fuego griego... Y usted, Vladimir Petrovitch, no olvide, mientras estemos en el torreón, lo que hubiera hecho Latude en su cárcel si hubiera tenido un ovillo de cordel... ¿Han consumido mucho?...

Y diciendo aquello se precipitó a sus bolsillos, hacia los cuales le llevaba el rápido examen de la ropa, en la cual se veían algunas migajas y cierto polvillo de un color que no tenía que ver nada con la estopa ni con el cáñamo.

Luego de unos ademanes para resistir, Vladimir y La Candeur dejaron hacer, más avergonzados, al parecer, que cuanto pueda decirse. Y Rouletabille registró los bolsillos, de donde sacó dos trozos de bizcocho.

Al principio no supo qué decir. Quedó con la boca abierta ante aquel bizcocho apetitoso y dorado que La Candeur y Vladimir miraban tiernamente, aunque de reojo.

—¿Dónde han encontrado esto?—preguntó—. ¿No les da vergüenza comer bien, cuando sus compañeros se mueren de hambre?

Y Rouletabille echó los dos cachos por encima de las almenas al camino de ronda.

La Candeur y Vladimir lanzaron un aullido.

Pero al mismo tiempo abrióse la puerta de la pared que rodeaba el camino de ronda del torreón. Y una tropa compuesta de unos cien hombres, que parecían atados a parejas, se precipitaron por el camino, atravesaron el improvisado puente de tablas y se lanzaron con el mismo movimiento contra la pesada puerta del torreón, que resonó lúgubremente bajo su prodigioso impulso.

Se habían hecho un formidable ariete con una viga enorme, que se hundió en la puerta con tanta fuerza que todo el torreón se conmovió, mientras que desde lo alto de las almenas, de las aspilleras, de las barbancas y de las cortinas, caía sobre el torreón un diluvio de balas.

Pero simultáneamente empezó a caer otra lluvia, menos fragorosa, pero más pesada... Era una lluvia de agua hirviendo, que formaba burbujas en los cráneos y caras más próximos, que fueron escaldados. Y entre las murallas de la *Karakulé* subían agudos chillidos, que iban a la plataforma del torreón para alegrar el corazón de nuestros amigos.

—¡Buen golpe nos han propinado!—dijo Rouletabille—. ¡Con pocos así, hundirían la puerta! ¡Mano a las carabinas!

Las primeras filas de atacantes, huyendo del agua hirviendo, se habían hecho hacia atrás, con lo cual los siguientes se tambalearon y hasta cayeron en el foso. Pero no tardaron en reponerse todos y a volver a manejar el ariete, llevándose hacia el deslunado, sin duda para proyectarlo con más fuerza.

Esta pequeña operación costó cara a los atacantes. Hasta que no se retiraron definitivamente al deslunado con su ingenio de guerra, estuvieron bajo el fuego de Rouletabille y de sus compañeros, que, desde arriba, disparaban sobre seguro sus carabinas.

Cuando terminó la escaramuza, unos veinte muertos señalaban el camino recorrido por el ariete, aparte de los innumerables heridos que se habían refugiado en el deslunado huyendo de la ardiente lluvia como alma que lleva el diablo... Entonces, detrás de Rouletabille y de sus compañeros, se elevó, en medio del silencio que sucedió a la victoria, el siguiente canto:

«Corre el Maritza
ensangrentado,
llora la viuda
cruelmente herida.

¡Marcha, marcha, general nuestro!
Un, dos, tres... ¡Marchad, soldados!
Suenan en el bosque la trompeta.
¡Marchemos adelante, hurra!
¡Hurra, marchemos adelante!»

¡Era el terrible canto de guerra de los búlgaros! Y aquel himno, que entonces aún no había acompañado a la traición por los campos de batalla, era cantado por Ivana. ¡En la mano tenía una carabina humeante!